

# LA VERDAD SOBRE EL COMLOT DE TABLADA Y EL ESTADO LIBRE DE ANDALUCÍA

BLAS  
INFANTE  
PÉREZ



*Prólogo:*  
EL TESTAMENTO POLÍTICO  
DE BLAS INFANTE

ANTONIO MANUEL RODRÍGUEZ RAMOS





*Estudio introductorio:*  
NOTAS PARA LEER  
LA VERDAD SOBRE EL COMLOT DE TABLADA  
Y EL ESTADO LIBRE DE ANDALUCÍA


SALVADOR CRUZ ARTACHO



Centro de Estudios Andaluces  
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA,  
ADMINISTRACIÓN LOCAL Y MEMORIA DEMOCRÁTICA



<b>ecoedición</b>  			
Tinta sin metales pesados y papeles procedentes de una gestión forestal sostenible			
<b>Impacto ambiental</b>		<b>Agotamiento de recursos fósiles</b>	
por producto impreso		0,27 kg petróleo eq	0,94 Kg CO <sub>2</sub> eq
por 100 g de producto		0,04 kg petróleo eq	0,14 Kg CO <sub>2</sub> eq
% medio de un ciudadano europeo por día		5,93 %	3,07 %



**JUNTA DE ANDALUCÍA**  
CONSEJO DE REGIÓN ANDALUZ  
CONSEJO DE REGIÓN ANDALUZ  
CONSEJO DE REGIÓN ANDALUZ  
 reg. n.º: 2017/119  
 Más información en [www.ecoedicion.eu](http://www.ecoedicion.eu)

Edita:

Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces,  
Consejería de la Presidencia, Administración Local y Memoria Democrática,  
Junta de Andalucía

© De los textos: sus autores, 2017.

© Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces

Bailén, 50 — 41001 Sevilla

Tel.: 955 055 210

Fax: 955 055 211

[www.centrodeestudiosandaluces.es](http://www.centrodeestudiosandaluces.es)

Primera edición, noviembre de 2017

ISBN: 978-84-944564-9-7

Depósito legal: SE 1788-2017

# Índice

## Prólogo

### El testamento político de Blas Infante

*Antonio Manuel Rodríguez Ramos* ..... 9

1. La verdad ..... 9
2. La mentira ..... 13
3. El testamento ..... 15

## Estudio introductorio

### Notas para leer *La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado libre de Andalucía*

*Salvador Cruz Artacho* ..... 17

1. El contexto socioeconómico y político de los hechos ..... 18
2. Los sucesos acaecidos en torno al aeródromo de Tablada:  
«el complot» ..... 36
3. La propuesta política: el Estado libre de Andalucía ..... 49

**Bibliografía básica** ..... 75

Para saber más ..... 76

## ***La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado libre de Andalucía***

*Blas Infante Pérez* ..... 77

- Prólogo de la Junta Liberalista de Andalucía ..... 81
- I. Lo que vino a simbolizar la candidatura Franco ..... 85
  - II. Por qué se llegó a formar ..... 93
  - III. La Revolución Española ..... 103
  - IV. La Revolución Andaluza ..... 117
  - V. Cómo se llegó a formar y cómo hubo de concluir la candidatura ..... 157

**Anexo. El complot de Tablada en la prensa de 1931** ..... 175



## Prólogo

# El testamento político de Blas Infante

Antonio Manuel Rodríguez Ramos

Fundación Blas Infante

*A la memoria de Juan Antonio Lacomba*

SÍ. HUBO UN COMLOT EN TABLADA. Pero contra la Candidatura Infante. Por Republicana, Revolucionaria, Federal y Andaluza.

## 1. La verdad

*La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado Libre de Andalucía* es la última obra de referencia publicada por Blas Infante. No por voluntad propia, sino porque así lo quiso el destino. Quizá no sea el tratado definitivo que él hubiera soñado, que Andalucía todavía necesita, y que su asesinato nos robó para siempre. Y, sin embargo, creo que nos hallamos ante uno de sus textos más maduros y el que mejor radiografía su pensar y sentir político. Blas Infante dice que lo escribió desganado. No miente. Aquel fracaso electoral le devastó el alma. Pero a Blas Infante le pudo la indignación al desaliento y terminó construyendo un libro peculiar, entre el relato biográfico y el ensayo político, movido por la responsabilidad con su conciencia, con la verdad y con Andalucía. Es cierto que sus páginas rezuman decepción y rabia desde la cita de comienzo hasta el punto final. Pero también contienen sus reflexiones políticas acerca de las consecuencias económicas y culturales del capitalismo desalmado; sobre las raíces libertarias y universalistas del pueblo andaluz; el diseño territorial del Estado español tomando Andalucía como epicentro; las aspiraciones revolucionarias de la República... En definitiva, un programa político para Andalucía. Blas Infante las redactó en apenas un mes con la razón y las tripas para

volcarse en ellas como un torrente de agua limpia. Su estilo es franco y directo. Y sus palabras duelen porque las escribe dolido con el régimen civil y militar que traicionó su deseo republicano, revolucionario y confederal para Andalucía.

Esa es la clave. Mejor dicho, la espina que al sacarse desvela todo su discurso liberalista. Blas Infante diseñó una candidatura pragmática para aspirar a la utopía andaluza. Fue él quien tomó la decisión de concurrir a las elecciones constituyentes de la Segunda República. Él quien acuñó el nombre de la candidatura, redactó su programa electoral, sus consignas de campaña. Él quien buscó a sus integrantes y las personas que la apoyarían desde fuera. Yo me acuso, dice. De todo. «Fui yo, pues, quien promovió la cruzada; [Ramón] Franco no tiene la culpa». Llamemos a las cosas por su nombre: Candidatura Infante. Porque fue Blas Infante el ideólogo de una apuesta electoral que por su naturaleza radicaldemócrata, su vocación confederal y revolucionaria, la popularidad y prestigio de sus componentes, y sus conexiones internas con el ejército y externas con el anarquismo, rompía los esquemas de los agentes políticos que se habían arrogado el diseño de la transición republicana. Demasiado peligrosa para el equilibrio de fuerzas que sostenían el advenimiento del nuevo régimen. Y no merecía la pena correr el riesgo. Mejor azuzar al golpista Sanjurjo que tolerar la más leve sospecha de insurrección. Por infundada que fuera.

Los intereses políticos y económicos representados en el gobierno provisional, temiendo el aborto prematuro del nuevo régimen, se protegieron tanto de los que veían en la República una amenaza contra el orden nacionalcatólico, como de quienes la idealizaban creyendo que traería consigo una revolución popular. Para los gestores visibles e invisibles de este momento tan convulso e ilusionante, el tránsito de la Dictadura-Monarquía a la Democracia-República pasaba por favorecer al republicanismo orgánico surgido tras las municipales, e instaurar una calma institucional asentada sobre cierta moderación en los asuntos militar, religioso, territorial y agrario. Blas Infante intuía los peligros de esta posición intermedia que demasiadas veces termina en ningún sitio. Como quien confunde justicia con la falsa neutralidad de colocarse entre el malhechor y la víctima, asignando una parte de culpa al inocente y de inocencia al culpable. El pueblo andaluz se sabía víctima endémica de un modelo de sometimiento injusto y había señalado demasiadas veces a los culpables de su hambre y miseria. La conflictividad de la época sólo revelaba la ansiedad popular por una República que viniera acompañada de justicia, de un nuevo orden social, no de más cambalaches.

Blas Infante entendió el mensaje porque hacía años que compartía el diagnóstico. Y construyó un altavoz electoral que conciliara el andalucismo político con el abstencionismo libertario, sabedor de la oportunidad-necesidad histórica que suponían los

primeros comicios republicanos para inyectar la cuestión andaluza en el debate constituyente. De ahí que sumara en una misma candidatura todas esas reivindicaciones de máximos y buscara para integrarla a personas ajenas a los «comités electoreros» de los partidos hegemónicos de izquierda y derecha. Infante convenció para encabezarla a un personaje carismático y populista como Ramón Franco, el heroico aviador y partícipe en el levantamiento fallido de Cuatro Vientos. Hizo lo mismo con su propio hermano, con el abogado andalucista Balbontín y con Pascual Carrión, sin duda, el heredero intelectual de Joaquín Costa y el más capacitado para llevar a cabo la urgente reforma agraria que necesitaba Andalucía. La inclusión de otros miembros del ejército como Rada o Rexach, unida al apoyo expreso del líder anarquista Pedro Vallina, reunían en la candidatura Infante todos los peligros capaces de generar nerviosismo en las filas de la izquierda centralista o autonomista, así como en el bloque más ultramontano contrario incluso a la misma República. La suerte estaba echada.

El primer peligro fue la forma adoptada para concurrir a las elecciones. Blas Infante no eligió un partido. Simplemente, una candidatura. Una lista de ciudadanos alejados de la disciplina de los partidos y de la política como medio de vida, casi estado civil para muchos tránsfugas del régimen derrocado que consiguieron medrar en las filas republicanas. Con esta decisión formal lanzaba dos mensajes rompedores: uno, de rechazo hacia estas estructuras políticas que refrendaron el continuismo turnista, monárquico o primorriverista; y otro, de aproximación ideológica al anarquismo y a cualesquiera otras formas de organización abiertas a la participación ciudadana. El mismo Pedro Vallina dijo al respecto de los integrantes de la Candidatura que «no son políticos de oficio, sino hombres de conciencia». La constitución de la Junta Liberalista refuerza este pensamiento radicaldemócrata que siempre defendió Blas Infante, rabiosamente vanguardista para la época.

El segundo peligro se hallaba en su reivindicación de la República como virtud cívico-colectiva más allá de la naturaleza antimonárquica del Estado. Nada nuevo en el ideal infantiano, desde *La Dictadura Pedagógica* hasta alcanzar su epifanía en *La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado Libre de Andalucía*. El componente ético-moral es indisoluble del republicanismo, comenzando en el ciudadano y terminando en el político. Corrupción y República debían ser, y parecer, agua y aceite. Nada de lo que oliera al régimen caducado podía servir para componer el futuro. Y muchos partidos que se hacían llamar republicanos ya apestaban a viejo.

El tercero consistía en su esencia revolucionaria. La Candidatura Infante aspiraba a un auténtico cambio de régimen que destruyera los cimientos medievales, identitarios y caciquiles del nacionalcatolicismo en España. Candidatura, República y Revolución

constituyen tres piedras ensartadas en el mismo collar para Blas Infante. Sin duda, el revolucionario fue uno de los alegatos políticos que más inquietaban a las oligarquías contrarias al nuevo régimen, y que desnudaban algunas actitudes posibilistas de los partidos y sindicalismo de izquierda. La ausencia del anarquismo andaluz en las elecciones municipales de 1931 sólo podía vaticinar tensiones entre los renovados ayuntamientos y las clases populares carentes de representación política en las instituciones. Este vacío generaba demasiados riesgos en un proceso constituyente como el que se avecinaba. Además, Infante desconfiaba de los partidos reforzados en las municipales, porque temía que tras su desembarco en las Cortes dieran una respuesta tibia a los problemas sociales de Andalucía. O ninguna. De ahí la importancia estratégica de Pedro Vallina, tanto para refrendar la impronta revolucionaria de la candidatura como para ejercer de cordón umbilical con las masas anarquistas sin voz en la democracia representativa.

El cuarto peligro, su propuesta confederal desde y para Andalucía. Frente al diseño ecléctico del Estado integral, descentralizado y autonomista, la candidatura Infante defendía un Estado confederal en coherencia con la tradición municipalista y cantonalista de la Constitución de Antequera, actualizada en los Manifiestos de Ronda y Córdoba, y reforzada por los planteamientos teóricos desarrollados en las publicaciones andalucistas y Centros Andaluces. La reivindicación del Estado Libre de Andalucía es origen y destino de un proceso de construcción federativa, de abajo arriba, que comienza en la conciencia del mismo individuo y culmina en la consideración de Andalucía como «sujeto político federable», en términos infantianos. Este modelo se coloca en las antípodas del Estado Integral que se tenía programado para la Constitución republicana y por el que apostaron tanto socialistas como lerrouxistas. Y aunque el autonomismo será la vía que más tarde acepte Blas Infante por razones prácticas en la Asamblea de Córdoba, en aquel momento constituyente la postulación de Andalucía como germen de un Estado confederal impugnaba el modelo territorial proyectado en la transición republicana.

El quinto peligro era Andalucía. El adjetivo de la candidatura que todo lo atraviesa. Como decía Infante, «Andalucía es hoy y era entonces el terror del Gobierno». El sumatorio de todos los peligros anteriores se multiplicaba exponencialmente si además se revestía de una identidad propia y distinta al nacionalcatolicismo centralista y castellano, fundada en el legado vivo andalusí y con proyección política hacia el protectorado en Marruecos. Blas Infante esgrime la razón identitaria para explicar las especificidades de la revolución andaluza, desde la existencia misma del jornalero y su reivindicación libertaria de la tierra, hasta su justificación política como «nacionalismo no nacionalista» de vocación emancipatoria y confederal.



Cada uno de estos peligros es desmenuzado por Blas Infante en *La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado Libre de Andalucía*. He ahí la grandeza de esta obra que la convierte en un auténtico ensayo sobre la memoria de Andalucía y su fundamento político. Aunque estéticamente pudiera parecer más un pliego de cargos que un escrito de defensa contra el gobierno provisional de la República, el presunto complot sólo es el móvil que desata al Blas Infante más visceral, transparente y premonitorio, que igual describe los males de la uniformidad cultural que hoy padecemos, que analiza la resiliencia como rasgo identitario del pueblo andaluz y la necesidad de que tome conciencia para llevar adelante su proyecto político emancipatorio.

## 2. La mentira

El detonante que metabolizó estos peligros potenciales de la Candidatura Infante en una seria amenaza para los encargados de velar por la transición republicana, fue la decisiva implicación de miembros del ejército en su puesta en práctica. Ya no se trataba de una quimera marginal liderada por marginales, sino de un adversario electoral de la izquierda y la derecha que crecía como la espuma entre las clases obreras y jornaleras, con un discurso revolucionario en boca de uno los aviadores militares más afamados de España, respaldado por otros militares que, para colmo, parecían utilizar un aeródromo militar como centro operativo. La combinación de todos estos factores permitía fabricar la sospecha verosímil de un levantamiento parecido al de Cuatro Vientos, pero contando esta vez con el apoyo presunto de las clases populares. Sólo faltaba que la prensa afín aventara la nocividad social que traería consigo esta aleación militar, anarquista y nacionalista desde Andalucía. Y el complot ya estaría listo para justificar la única y verdadera intervención militar que tuvo lugar en Sevilla, encomendada a Sanjurjo, un general golpista que no por casualidad replicaría aquel plan de ocupación en 1932 y 1936.

En efecto, Pedro Vallina comentó al respecto que

» *...en las asambleas que se celebraron en Sevilla y en los pueblos de la provincia, la muchedumbre respondió con tanto entusiasmo que no había locales con bastante capacidad para contenerla, y a veces tenían que celebrarse aquellas asambleas en el campo, al aire libre. Y es que yo les hacía conocer de lo que se trataba, de una revolución social, y no de elecciones a diputados.*

Así pues, a los rivales electorales y a la prensa afín les resultaba fácil fantasear con que «un ejército de campesinos» caería sobre Sevilla para imponer el comunismo libertario y proclamar el Estado Libre de Andalucía.

De otro lado, durante la campaña electoral también se arrojó propaganda desde el cielo, como ocurriera en Cuatro Vientos. Blas Infante narra que lo hizo Rexach

» *...con su avioneta particular, cuya gasolina costeábamos entre todos (...) no obstante la prohibición gubernamental, que nos negaba el derecho a propagar en una avioneta particular, mientras los coches oficiales hacían la propaganda gubernamental con gasolina del Estado (p. 170).*

Llama la atención que lo consentido para la candidatura monárquica-republicana de Torres de la Pressa en las elecciones municipales de 1931 en Sevilla, se cuestionara por sedicioso cuando en los panfletos se decía «Viva Andalucía Libre».

Pero las dos mechas que desencadenaron el incendio para las autoridades militares y civiles fueron la presencia de Pedro Vallina y los miembros de la candidatura en el aeródromo, junto a graves acusaciones de insubordinación e indisciplina contra los oficiales y tropa de Tablada que, de manera confidencial, hicieron llegar a concretos altos mandos. Era de parvulario hilvanar ambos hechos para desatar el pánico sobre un levantamiento similar al de Cuatro Vientos, con el agravante de venir acompañado de la proclamación del comunismo libertario y la República andaluza. El mismo Blas Infante lo describe así: «el haber visitado el doctor el aeródromo, parece que fue lo que determinó la inquietud de un par de oficiales, que llegaron a sugerir al Gobierno la base de infundios». Es cierto que nunca como hasta ese momento compartieron trinchera electoral militares afines a la República y personalidades relevantes de la izquierda y el anarquismo. Pero no para llegar al paroxismo sobre una operación de esta envergadura, por más que lo insinúe el mismo Pedro Vallina o algunos historiadores se lo imputen a Ramón Franco. Yo creo a Infante. Porque no hay pruebas que demuestren la insurrección de Tablada más allá de sospechas indocumentadas, pero este libro escrito y vivido en primera persona, confirma el miedo de las autoridades al mensaje y a los mensajeros de la Candidatura.

Tampoco este prólogo es el espacio adecuado para detallar los indicios y las declaraciones contenidas en el sumario y demás legajos militares, que evidencian la coartada del complot utilizada por las autoridades para cortar de raíz cualquier atisbo revoluciona-

rio<sup>1</sup>. Pero hay un hecho meridiano que lo desmonta: sólo se persiguieron a militares y por causas militares, no a civiles. Si de verdad se trataba de un conato de levantamiento popular, instigado por una candidatura electoral, cuesta entender que el reproche penal no cayera también sobre los civiles miembros de la misma. Todo lo contrario. Se les condenó a la pena más miserable y dolorosa: la indiferencia. El ruido mediático y político montado alrededor del almacenamiento de explosivos en el aeródromo y de jornaleros armados para acabar con el orden republicano, quedó reducido a simples expedientes de indisciplina militar. A cambio, con la complicidad de las autoridades civiles y su propaganda, se consiguió el fin perseguido: desactivar a un peligroso enemigo electoral para la transición republicana.

El resultado electoral fue un fracaso. Parte de culpa la tuvo el hostigamiento derivado del presunto complot. Pero no fue el causante del mismo. A mi juicio, ni siquiera determinante. Una cosa es que los temores que infundía la candidatura a los mandos militares y civiles motivara su intervención para impedir cualquier probabilidad de éxito, y otra bien distinta que por sí misma hubiera podido movilizar un voto andalucista y anarquista a su favor. Que la abstención superase el 40 %, con cotas altísimas en los pueblos de la provincia, manifiesta la desconexión electoral con los entornos cenetistas a pesar del simbólico apoyo de Pedro Vallina, que además no mantenía buenas relaciones con la cúpula del sindicato. Tampoco llegó a calar el mensaje por falta de credibilidad entre las clases populares, precisamente por la misma implicación militar que el poder temía. Y como era de esperar, ganó el binomio republicano-socialista, con una dura derrota para la derecha de Acción Nacional. La Candidatura Infante superó en la capital el mínimo del 20 % que exigía el Decreto de 8 de mayo de 1931 para conseguir acta de diputado a favor de Ramón Franco. Después, como es sabido, renunció a ella y optó por Barcelona. El sueño terminó de la peor manera soñada.

### 3. El testamento

La inagotable convicción y entrega de Infante por Andalucía le empujó a volver a presentarse a las elecciones de 1933 por la provincia de Málaga, con la «Candidatura de Izquierda Republicana Andaluza». Fracásó por partida doble: ganaron las derechas y no consiguió acta de diputado. El gobierno conservador asestó un tajo a los procesos

---

1 A este respecto, recomendamos la lectura de RUIZ ROMERO, Manuel: «Aportaciones para el esclarecimiento del supuesto Complot de Tablada», en *Actas del IX Congreso sobre el Andalucismo Histórico*. Sevilla: Fundación Blas Infante, 2001, pp. 213-238.

autonomistas, enterrando el Anteproyecto de Bases para el Estatuto de Autonomía de la Asamblea de Córdoba de enero de 1933. Fue entonces cuando Blas Infante abominó definitivamente de la política representativa. Nunca de Andalucía. Ni de la libertad.

Porque Blas Infante siempre fue libre. Decía que por encima de todos los estados políticos del ser humano, su estado natural es la libertad. Y siempre dijo la verdad sobre la memoria andaluza que se le iba paulatinamente revelando, no importa los recelos políticos que levantara. Hasta que él mismo se hizo Andalucía Libre. Sólo entonces dejó de ser maldito para convertirse en el elegido por quienes lo maldecían. Ocurrió el 5 de julio de 1936. Las portadas de los periódicos andaluces amanecieron con la arboñada y el nombramiento de Blas Infante como «Presidente de Honor de la Comisión Ejecutiva pro-Estatuto». No militaba ni quería pertenecer a más partido político que el pueblo mismo. Se hizo Andalucía y Andalucía se hizo Infante. Fermín Requena llegó a escribir al respecto que «Blas Infante agiganta su personalidad a través del tiempo. Andalucía puede muy bien decirse que es él, e ir contra él, es ir forzosamente contra Andalucía». Por eso el 5 de julio de 1936 no pudo tener mejor regalo de cumpleaños que el reconocimiento político que no le dieron las urnas, definitivo y unánime, como «el andaluz ideal». Y con él, su condena a muerte para no morir nunca.

Que Blas Infante no escribiera una obra completa desde entonces convierte a *La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado Libre de Andalucía* en su testamento político.